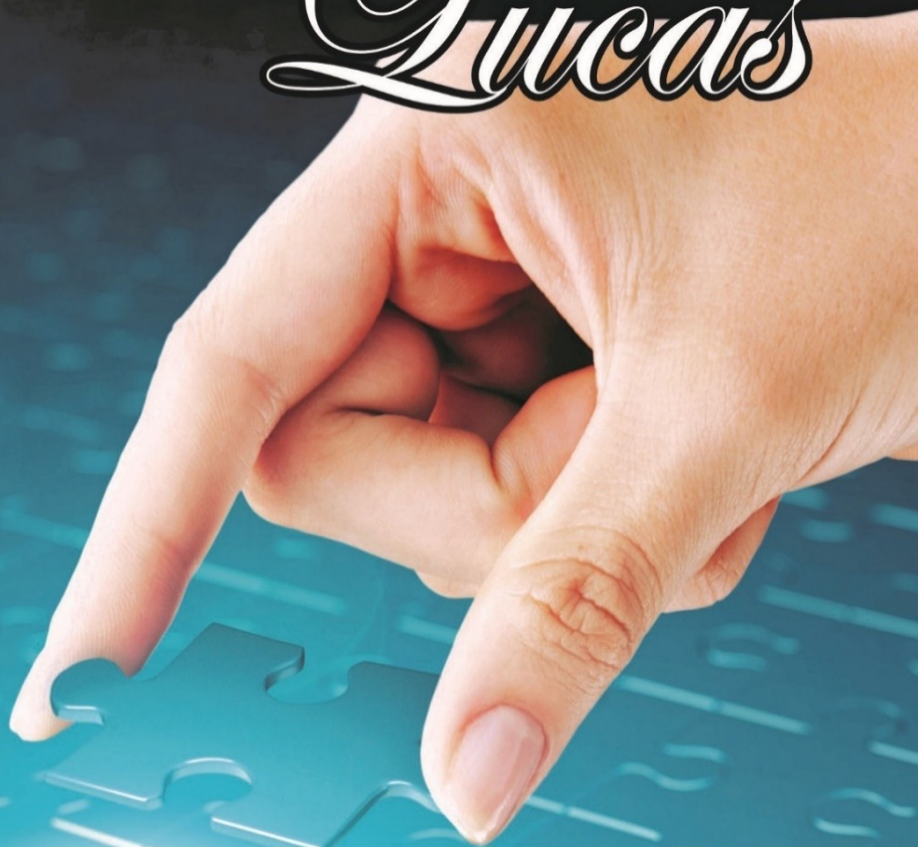


Ediciones Lucas



“EL PRINCIPAL AMOR DEL CREYENTE”
EI-010525-107

“EL PRINCIPAL
AMOR DEL
CREYENTE”

© 2025 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referencias han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: mayo 2025

Escrito y editado por: Josué Galán y Roxana de Abarca

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EI-010525-107

EL PRINCIPAL AMOR DEL CREYENTE

Apocalipsis 1:20

“El misterio de las siete estrellas que viste en mi diestra, y los siete candelabros de oro: Las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candelabros son las siete iglesias”.

Resaltemos la última frase que dice: “Los candelabros son las siete iglesias”.

Apocalipsis 2:4

“Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor. 5 Recuerda, por tanto, de dónde has caído y arrepíentete, y haz las primeras obras, pues si no, Yo iré a ti y quitaré tu candelabro de su lugar, a menos que te arrepientas”.

Al leer a simple vista, sabemos que un pasaje es necesario para poder interpretar el otro. Los candelabros, indudablemente, representan a la Iglesia en su expresión local. Por lo tanto, cuando el pasaje dice: “quitaré tu candelabro de su lugar”, quiere decir que el Señor nos puede quitar de la dimensión del Cuerpo de Cristo. Aunque el Señor nos ha puesto en la dimensión de Su Cuerpo, según este pasaje, Él también nos puede quitar el privilegio de estar en tan maravillosa esfera. Esto es posible que nos suceda a cada uno de nosotros como un juicio de parte del Señor. Y peor todavía, pues, nos puede suceder a pesar de que sigamos

asistiendo a las reuniones. De hecho, esta advertencia el Señor se la hace a gente que estaba sirviendo muy activamente en la Iglesia de Éfeso. Dice **Apocalipsis 2:2**

“Yo sé tus obras, y arduo trabajo, y tu perseverancia y que no puedes soportar a los malos, y probaste a los que se dicen a sí mismos apóstoles y no lo son, y los hallaste mentirosos”.

Según este verso, el Señor hace esta advertencia a personas que estaban inmersas en la Iglesia, pero, a pesar de su entrega y dedicación, les dice que les puede quitar el candelero, que es la dimensión del Cuerpo.

Antes de seguir profundizando en este pensamiento, pongamos una base para entender mejor tan grande verdad.

Para comprender esta advertencia de que podemos ser sacados del Cuerpo, entendamos, primeramente, cómo fuimos puestos en esta dimensión. Dicha inclusión la podemos entender leyendo **1 Corintios 12:13**

“porque de hecho todos fuimos bautizados en un solo Espíritu para ser un solo cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres, y a todos se nos dio a beber un mismo Espíritu”.

Eso quiere decir que el Espíritu Santo prometido por el Señor descendió en pentecostés

para meter, a todos los que creen en Jesús, a una dimensión real, viviente, orgánica y espiritual que conocemos como el Cuerpo de Cristo. Nosotros, pues, en calidad de “miembros”, estamos constituyendo el Cuerpo para Su manifestación. Tenemos que distinguir, entonces, que una cosa es el Cuerpo de Cristo cuya esencia es el mismo Espíritu Santo que descendió en Pentecostés y que se hace extensivo a todos los creyentes de todas las edades, y otra cosa es hablar del Cuerpo de Cristo que se manifiesta cuando nos reunimos como miembros de Su Cuerpo. Dicho de otra manera, la esfera del Espíritu Santo en sí misma es la esencia del Cuerpo de Cristo. Tal esencia espiritual no se ve, no se palpa ni se manifiesta, a menos que dos o tres se reúnan en Su Nombre. Cuando los creyentes se reúnen en el Nombre del Señor, entonces, dicha esfera del Cuerpo tiene cómo manifestarse en la Tierra.

A todos los que hemos creído en el Señor, indiscutiblemente, Él nos ha hecho el milagro de meternos en la esfera del Cuerpo de Cristo. Es obvio que podemos entrar a esa dimensión porque nos engendraron y nos regeneraron por medio del Espíritu Santo, de modo que hemos sido convertidos en Hijos de Dios. Ahora que somos Hijos de Dios, nacidos del Espíritu, tenemos el derecho de ser parte de la esfera del Cuerpo de Cristo. A esta esfera entramos por pura Gracia, porque hemos creído en el Señor Jesucristo.

La dimensión del Cuerpo de Cristo, a veces nos confunde un poco porque nos sucede como

cuando hacemos referencia a nosotros mismos. Es fácil decir: “Estoy con el hermano “fulano”, si frente a mí está el cuerpo del hermano “fulano”. Todo cuerpo humano es sólo una expresión del verdadero ser que contiene. El día que el ser interior se desprende del cuerpo exterior, ese día tal persona muere. Entonces, aunque tengamos enfrente el cuerpo del hermano “fulano”, nuestra verdadera comunión es con un ser interior que habita en el cuerpo del hermano “fulano”. Igual es en lo espiritual; la esencia del Cuerpo de Cristo no es otra cosa más que el Espíritu Santo que fue enviado por el Señor, el cual contiene todo el potencial de Su Vida (la Vida de Jesús). A esto se refiere Juan 16:13 “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. 14El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber”.

El Espíritu Santo que descendió en Pentecostés no fue una manifestación como cuando el Espíritu descendía sobre Sansón. Cuando el Espíritu descendía sobre Sansón, éste recibía poder, fuerza, unción, etc. Sin embargo, cuando el Espíritu descendió en pentecostés, más allá de las señales y las lenguas, el Espíritu trajo la esencia de Jesús, es decir, todo lo que Él ganó en Su nacimiento, vida, muerte, resurrección y ascensión. En otras palabras, el Espíritu Santo vino con todo el potencial que alcanzó nuestro Señor Jesucristo al coronarse vencedor y sentarse a la diestra del Padre.

Dicha dimensión que provoca el Espíritu Santo concuerda con nosotros que ahora somos nacidos de nuevo e injertados en dicha dimensión para darle expresión a ese Cristo invisible en este tiempo, sin embargo, visible a través de Sus miembros.

Para que esta manifestación del Cuerpo de Cristo sea algo tangible, hay ciertos requisitos básicos:

1.- Dios le ha pedido a Sus miembros, a los que conforman Su Cuerpo, que se congreguen. Nadie puede manifestar el Cuerpo de Cristo en su localidad si a la hora de las reuniones está ausente, ya sea, porque se quedó en su casa descansando, viendo películas, disfrutando de cualquier otro placer, trabajando o por cualquier otra razón. Los miembros deben reunirse, esto debe ser indispensable para todos y cada uno de los creyentes que quieran darle una manifestación al Cuerpo de Cristo.

2.- Perseverar en la unidad. Esto implica pasar por alto si me caen bien o mal los hermanos, es un asunto de revelación y compromiso. Tenemos que soportar a los hermanos “lija” porque, estando “juntos” con tales hermanos, conformamos el Cuerpo de Cristo.

3.- Amar y Servir a nuestro prójimo. El que no ama a su hermano es un mentiroso. No podemos decir que amamos a Dios y no amar a nuestros hermanos. En lo natural no vemos que nuestro corazón bombee sangre sólo a unas partes del cuerpo, sino que lo hace para todos los miembros. En el Cuerpo de Cristo debe suceder lo mismo, Dios nos ha capacitado a todos para ser todo-inclusivos con el fin de conformar Su Cuerpo.

S
E
M
A
N
A
—
2
—

Dice 1 Corintios 12:20

“Pero ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo. 21Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros”.

Los miembros deben sentir necesidad de los unos a los otros para que todos juntos conformen el Cuerpo de Cristo.

Ya sabiendo todo el proceso que Dios ha hecho para meternos al Cuerpo de Cristo, y todo lo que debemos hacer para poder darle manifestación a dicha esfera, vale la pena preguntarnos, ¿cuál es el fin u objetivo de todo esto?

1.- SER LUZ PARA LOS QUE NO CONOCEN AL SEÑOR.

A los creyentes muchas veces se les olvida que son luz, sin embargo, eso debería ser parte de nuestra tarea como Hijos de Dios. Tenemos que ser luz en lo individual y de manera colectiva.

2.- TENER COMUNIÓN CON CRISTO.

Efesios 3:14

“por lo cual doblo mis rodillas ante el Padre, 15 de quien recibe nombre toda familia en los cielos y en la tierra, 16 para que os dé, conforme a la riqueza de su gloria, ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu,

17 al habitar Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, 18 seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál es la anchura y la largura y la altura y la profundidad, 19 y así conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.”

El otro fin que Dios persigue es que nos encontremos con la Persona de Jesús, es decir, que podamos sostener y cultivar una comunión personal con Jesús. ¿Por qué Dios persigue este fin y a la vez nos deja amarrados a la esfera del Cuerpo? Porque la naturaleza de Dios es orgánica y corporativa. El Verbo tuvo que dejar la naturaleza corporativa que compartía con Dios para participar de la naturaleza humana, hasta hacerse un individuo. Ya estando en la condición de hombre, fue a la cruz, salvó al hombre, resucitó y regresó de nuevo al Padre. Dice **Juan 17:4**

“Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. 5 Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”.

El Señor sabía cuál era la naturaleza del Padre, Él sabía que había participado de una naturaleza corporativa antes de venir al mundo y convertirse en un hombre, sin embargo, la hora había llegado para regresar a Su naturaleza primigenia.

Si el final del ciclo es ser participantes de la naturaleza Divina-Corporativa en la eternidad con

Dios, no podemos hacer menos en este tiempo que ser participantes del Cristo-Iglesia. Esto es más o menos como que quisiéramos tener la experiencia de nadar con un delfín y no meternos al agua ¡Imposible! Lo mismo pasa con el Señor, Su naturaleza es orgánica y corporativa, por lo tanto, tenemos que ser parte de Su Cuerpo y, además, funcionar como miembros de Su Cuerpo. Tenemos que congregarnos, tenemos que reunirnos con los demás miembros, tenemos que amarlos, tenemos que servirles, etc. Si nos mantenemos en esa esfera, junto con los hermanos, es seguro que tarde o temprano nos terminaremos amando los unos a los otros.

Ahora bien, ya que hemos alcanzado tal Vida de Iglesia puede acontecernos un problema: “Crear que tal comunión con los hermanos es la meta que Dios tiene proyectada para nosotros”. Por tal razón el Señor le escribe una carta a la Iglesia de Éfeso, una Iglesia a la cuál el Señor elogió por muchas virtudes que tenía, sin embargo, Dios le advirtió que le podía quitar el candelero, es decir, le podía suprimir la esfera de Su Cuerpo. Habían Iglesias más decadentes que la de Éfeso, sin embargo, hubo algo que no estaba acorde al corazón de Dios. Lo que Dios les reclamó a estos hermanos es que habían perdido el primer amor, es decir, habían perdido el amor hacia Él. A los hermanos de Éfeso se les olvidó que la meta no era que se amaran entre ellos, sino que se encontraran con el Cristo que estaba caminando en medio de los candeleros.

Dice **Apocalipsis 1:12**

“Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro, v:13 y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre”.

Tratemos de imaginarnos en esta escena. Dice que Juan oyó una voz y se volteó para ver; y al voltear vio siete candeleros y en medio de los siete candeleros vio a Jesús. La enseñanza que esto nos da es que nadie ve a Jesús si no ve primero los candeleros.

El Señor en Su grande misericordia nos ha permitido ser edificados en el fundamento de los

S

E

M

A

N

A

—

3

—

apóstoles y profetas, y hemos predicado a la saciedad dicho fundamento que es: Cristo y la Iglesia. Definitivamente, para conocer al Señor tenemos que conocer y participar de la Vida de Iglesia, pero tenemos que tener cuidado que no nos pase lo que le sucedió a la Iglesia de Éfeso, que descuidó su principal amor.

A la Iglesia de Éfeso le sucedió más o menos lo que le sucede a algunas esposas después de varios años de matrimonio. Cuando son jovencitas y aún no se han casado se les nota que están sumamente enamoradas del futuro esposo. Es tanto el amor que no se fijan en el futuro que les espera al lado de un jovencito que no tiene ni siquiera para comprar las cosas básicas del hogar. El amor que siente hacia su futuro esposo hace que no existan “peros”, ni dificultades que no puedan superar juntos. La razón es que todo está tan centrado en la persona con la que se van a casar, de modo que lo demás no importa. Ahora bien, años después de casados las cosas empiezan a cambiar. De pronto nacen los hijos y las prioridades cambian, ya el principal amor ya no es el esposo, ahora son los hijos los que tienen toda la atención de la esposa. Y años después, la esposa no sólo se enamora de los hijos sino que también se enamora de su casa, de su cocina, de sus muebles, de todas las cosas que hace en casa, etc. Al punto que el marido se vuelve sumamente opcional. Si el marido quiere estar en la casa, pues, que se quede, y si no quiere estar en casa, que se vaya; da lo mismo. El marido pareciera que termina convirtiéndose en un artículo en abandono.

A nosotros los creyentes nos puede pasar lo mismo con el Señor. Los primeros días de haberlo conocido disfrutamos Su Presencia, Su comunión, etc. Pero al pasar los años nos enganchamos a la Iglesia Local al punto que nos enamoramos de las reuniones, de los cantos, de la comunión con los hermanos, del servicio que prestamos, de los dones, etc. Pasan los años y nos damos cuenta que tenemos un nivel de fidelidad y servicio que cualquiera nos aplaude, sin embargo, a los ojos del Señor estamos reprobados. A pesar que todos nos aplauden, el Señor está disgustado con nosotros porque hemos dejado de amarlo en prioridad. A veces no nos damos cuenta que amamos más predicar, cantar, tocar, servir, que estar con el Señor.

Expuesto lo anterior, lo normal debería ser que la Vida de Iglesia nos lleve a enamorarnos más del Señor cada día, sin embargo, a veces sucede lo contrario. El apóstol Pablo decía:

“Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. 8Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, 9y ser hallado en él...”

(Filipenses 3:7-9)

Pablo entendió que la carrera del cristiano es corporativa pero el juicio en aquel día será de manera individual. En esta era, en la que estamos

viviendo, no podemos desligarnos de los hermanos de la Iglesia, no podemos presumir que somos mejores que los demás, ni que somos más espirituales, más bien tenemos que soportarlos a todos. El destino de la Iglesia local a la que asistimos marcará nuestro destino. Si la Iglesia a la que asistimos está en avivamiento, también nosotros seremos parte de ese avivamiento y, si está muriendo espiritualmente, pues, debemos cuidarla y amarla aún en esa condición. Ahora bien, al final de la edad presente, cuando el Señor venga, las cosas van a cambiar, Él nos va a tratar de manera particular. Dice **Apocalipsis 22:12**

“He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra”.

Un día el Señor nos juzgará, y una de las razones por las que podemos salir reprobados es por no haber mantenido el amor hacia Él como algo primordial.

Bendito sea el Señor por la revelación del Misterio, que es Cristo y la Iglesia, sólo tengamos cuidado de no enamorarnos más de la Iglesia que del Señor, de Aquel que pagó el precio en la cruz del Calvario por salvarnos y llevarnos a la Gloria. Sí o sí, debe prevalecer en nosotros el primer amor. El Señor nos prueba de manera particular para ver cuánto lo amamos a Él.

Dice Apocalipsis 2:4

*“Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor.
5 Recuerda, por tanto, de dónde has caído y arrepíentete, y
haz las primeras obras, pues si no, Yo iré a ti y quitaré tu
candelabro de su lugar, a menos que te arrepientas”.*

La palabra “primer” en el griego significa “primero en lugar”. Por ejemplo, si contamos los números uno, dos, tres, etc... sabemos que el “uno” es el primero.

También significa “primero en importancia”. Esta frase puede ser traducida: “has dejado tu principal amor”. Dios sí quiere que amemos a los hermanos, Su obra, la localidad, las reuniones, etc. pero sobre todas las cosas, Él desea ser nuestro principal amor.

La consecuencia que tendremos por dejar al Señor como nuestro principal amor es lo que dice el v:5

S

E

M

A

N

A

—

4

—

“Recuerda, por tanto, de dónde has caído y arrepiéntete, y haz las primeras obras, pues si no, Yo iré a ti y quitaré tu candelabro de su lugar”.

Al leer este verso podemos hacernos la siguiente pregunta: ¿Es posible que el mismo Señor nos prive de la esfera de Su Cuerpo, a pesar de que Él nos metió de pura Gracia? Cuesta trabajo creer que esto pueda ser así, pero leamos lo que dice **Juan 15:1**

“Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el viñador. 2 Todo pámpano que en Mí no produce fruto, lo levanta; y todo el que produce fruto, lo limpia para que produzca más fruto. 3 Ya vosotros estáis limpios por la Palabra que os he hablado. 4 Permaneced en Mí, y Yo en vosotros. Como el pámpano no puede producir fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en Mí. 5 Yo soy la vid, vosotros los pámpanos. El que permanece en Mí y Yo en él, este produce mucho fruto, porque separados de Mí nada podéis hacer. 6 A menos que alguno permanezca en Mí, es echado fuera como el pámpano sin fruto que se seca. Y los recogen y echan al fuego, y arden”.

El v:5 dice que existe la posibilidad de que a pesar de que seamos pámpanos de la vid, en determinado momento podemos llegar a “estar separados de Él”. Estos versos nos dejan ver que, si bien es cierto que el Señor propiamente no nos quita la Gracia para estar en Él, nosotros mismos, de manera voluntaria sí podemos abandonar la esfera de Su Cuerpo. No nos dejemos de congregarnos de manera voluntaria.

Ahora bien, el v:6 dice algo muy diferente: “A menos que alguno permanezca en Mí, es echado fuera como el pámpano sin fruto que se seca”. Este verso ya no dice que nosotros nos podemos desligar de la esfera del Cuerpo, sino que podemos ser echados del Cuerpo.

Quiere decir que hay dos maneras de desprendernos del Cuerpo: 1) Retirándonos voluntariamente de dicha esfera, y 2) Colmar al Señor al punto que Él nos eche de Su Cuerpo.

No es el pecado propiamente lo que hace que el Señor nos eche de la esfera de la Iglesia, porque si así fuera, ya no estuviéramos todos. El que confiesa su pecado y se aparta alcanza misericordia. Lo que hace que el Señor eche a alguien de Su esfera es lo que dice el v:7

“Si permanecéis en Mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y se os hará. En esto es glorificado mi Padre: en que llevéis mucho fruto y seáis así mis discípulos. 9 Como el Padre me amó, también Yo os amé; permaneced en mi amor”.

Lo que va a definir las cosas es lo que dice el v:9 “Permaneced en mi amor”, es decir, si nos mantenemos amándolo, nos quedaremos; Él no nos echará. Si lo dejamos de amar, seguramente Él nos va a sacar de la esfera de Su Cuerpo.

Hace algún tiempo hablamos sobre la necesidad de dimensionar a Cristo en nuestra relación personal con Él, es decir, procurar ver al Señor con los ojos de la fe. Aunque esto aun no lo vivamos, Dios nos permita tener tal revelación. El apóstol Pablo dijo: “Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida”. En lo natural nosotros esperamos vernos y reunirnos con aquellos que amamos, y las personas que menos queremos ver son a las que no amamos. ¿Amamos que el Señor venga? Eso depende de cuánto lo amamos. El amor hacia la Persona del Señor será el examen más grande que Él usará para aprobarnos o reprobarnos al final de nuestra carrera.

Al apóstol Pedro el Cristo Resucitado lo probó preguntándole: “¿Simón, hijo de Jonás, me amas (con amor “agapao”, es decir, con amor íntimo)? y Pedro le contestó: Sí, Señor, tú sabes que te amo (con amor “phileo”, es decir, con amor de amigos). Luego vino el Señor y le volvió a hacer el examen preguntándole lo mismo. “¿Simón, hijo de Jonás, me amas (con amor “agapao”)? y Pedro le contestó: Sí, Señor, tú sabes que te amo (con amor “phileo”). Luego, el Señor le volvió a preguntar una tercera vez: “¿Simón, hijo de Jonás, me amas (con amor con amor “phileo”, es decir, con amor de amigos)? y Pedro entristecido le contestó: Sí, Señor, tú sabes que te amo (con amor “phileo”, es decir, con amor de amigos).

A todos y cada uno el Señor, tarde o temprano. nos va a pasar ese mismo examen: ¿Lo amamos? Ese es el examen más grande que nos pasa el Señor. No dejemos de amar Su Cuerpo y todo lo que obtenemos en esa esfera, pero no olvidemos al principal amor que es la Persona del Señor.